

derlas á nuestros vencedores. Al año siguiente, España enajenaba á Alemania las islas Carolinas, las Palaos y las Marianas, excepto la de Guam, que se reservaron los Estados Unidos, y en mil novecientos vendía á estos últimos las de Cagayán y Sibutu, no incluidas en el tratado de París. Así concluyó nuestro vasto imperio colonial en el Océano Pacífico. Las insurrecciones y la guerra nos habian costado más de ciento cincuenta mil hombres, casi todos los buques de nuestra armada y cerca de tres mil millones de pesetas.

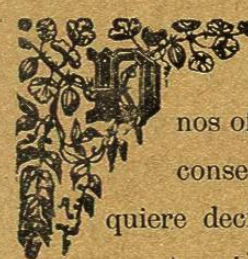
¿De quién es la responsabilidad de lo ocurrido? De todos, sin duda, y especialmente de los políticos, que, como después se dijo en el Congreso, incurrieron en ella unos por acción y otros por omisión, fuera del señor Pi y Margall; pero la mayor parte corresponde á los gobernantes, y no sólo á los que regían los destinos de la nación cuando la guerra fué declarada, sino tanto ó más á los conservadores. Las resoluciones adoptadas por las Cámaras de los Estados Unidos, el lenguaje que usaban sus oradores, las notas de Olney, los mensajes de Cleveland y Mac-Kinley, no pudieron menos de hacerles comprender que íbamos á la guerra. Su deber era evitarla á todo trance. Si pensaron que Europa no nos abandonaría, pecaron de inocentes; si ni eso creyeron, su culpa es aún mayor.

Con el terrible golpe que acabábamos de sufrir, pareció que el exceso del daño iba á imponernos la necesidad del remedio. Todos digimos á una: «Necesitamos redimirnos; ¡es preciso regenerarnos!». El propósito era excelente; los resultados hasta ahora han sido nulos. ¿Se levantará España de su postración? La oligarquía, causa primera de sus desventuras, sigue avasaliándola; la ola clerical avanza, ya sigilosamente, ya embravecida y amenazadora. Sin embargo, no debemos desconfiar. El catalanismo, que tanto preocupa, no es sino un síntoma del malestar general; se extinguirá por sí mismo cuando el cuerpo social haya recobrado su salud. Trabajar para devolvérsela; trabajar en esta empresa con perseverancia, con ahinco, sin titubeos ni desmayos, ese es el sacrificio que hoy exige de todos la patria, no la patria chica, ni la patria grande, sino la patria única, la patria una, sola, para cada individuo, como cada individuo no tiene más que una madre. A esta labor se apercibía el señor Castelar, cuando aguda dolencia le arrebató de entre nosotros. Su falta, en las circunstancias por que el país atraviesa, no será nunca bastantemente lamentada. El insigne orador y gran patriota murió en Pinatar (Murcia), el veinticinco de Mayo de mil ochocientos noventa y nueve. Con su nombre, que es de por sí un consuelo y una esperanza, debemos cerrar el presente capítulo.



CAPÍTULO VIGÉSIMO-SÉPTIMO

La expansión colonial de las grandes potencias



DESPUÉS de haber visto desaparecer los últimos restos de nuestro vasto imperio colonial, debemos contemplar con tristeza el espectáculo que nos ofrecen otras potencias, las cuales, más afortunadas que España, no sólo conservan el suyo, sino que lo han aumentado considerablement. Lo cual no quiere decir que lamentemos el bien ajeno; pero el contraste que se presenta á nuestra vista no puede ser más doloroso para nuestro corazón de patriotas. Sin duda, esa expansión es, en gran parte, obra de la rapacidad y de la fuerza, de la sustitución de la violencia al derecho, de ultrajes á la humanidad, de despojos inicuos, más propios de foragidos que de hombres civilizados. No cabe, empero, negar que constituye uno de los rasgos característicos de la época; que ha influido y está llamada á influir más todavía en el curso de la política internacional, y que, por tal razón, no es lícito pasarla en silencio en una Historia General de Europa.

El primer lugar, en la breve reseña que va á seguir, corresponde naturalmente á Inglaterra.

En Agosto de mil ochocientos setenta, trescientos soldados y setecientos voluntarios, partidos del Canadá, al mando de Wolseley, llegaron á Winnipeg, después de tres meses de penosa marcha. Los mestizos, establecidos en el país, habían proclamado su independencia, protestando contra la cesión de aquellos territorios hecha por la bahía de Hudson al Dominión en mil ochocientos sesenta y nueve; pero, no obstante haberse apercibido á

la resiencia, se dispersaron á la aproximación de Wolseley. La anexión se efectuó sin dificultad. La región del río Rojo y del lago Winnipeg se erigió en Estado, bajo el nombre de Manitoba, siendo el quinto del Dominión. La nueva provincia se pobló con rapidez, pasando sus habitantes de ciento diez y ocho mil en mil ochocientos ochenta y cinco, cuando en mil ochocientos setenta no excedían de doce mil. Manitoba está representada en las dos Cámaras federales de Ottawa; el poder legislativo lo ejerce una sola asamblea; ejecutivo, un ministerio responsable y un lugarteniente-gobernador. La constitución es democrática; la opinión, radical. Con el resto del país de la Compañía de Hudson se formaron cinco distritos, análogos á los «territorios» de los Estados-Unidos, con una asamblea representativa, un ministerio responsable y un lugarteniente-gobernador particular, en Regina. Finalmente, con posterioridad, en mil ochocientos noventa y seis, la parte más helada y desierta de la comarca, llamada *Territorio Nor-oeste*, se dividió también en cuatro distritos provisionales. El reciente descubrimiento de las minas de oro de Klondyke ha hecho afluir á estas tierras multitud de emigrantes; pero, como el suelo está siempre helado y cubierto de nieve, no se sabe si las abandonarán cuando se hayan agotado los criaderos. En mil ochocientos ochenta y cinco se sublevaron los mestizos, al mismo tiempo que, por obra de sus maquinaciones, alzábanse en armas los indios en la otra extremidad del territorio, entrando el país á sangre y fuego. El gobierno federal reprimió con mano dura estos levantamientos.

Entre la Colombia Británica, cuya extensión es más de dos veces la de España, y el Dominión, no existían vías de comunicación, de manera que, para ir á Victoria desde Quebec ú Ottawa, era preciso atravesar los Estados-Unidos. El gobierno colombiano consintió en formar parte del Dominión, á condición de que se construyese un ferrocarril transcontinental en territorio inglés. Dos años más tarde, se incorporaba también á la federación canadiense la isla del príncipe Eduardo.

Las colonias de la Australasia contienen aún muchas tierras vacantes; á pesar de ello, han solicitado de la metrópoli con insistencia la anexión de otras islas oceánicas, persiguiendo el triple propósito de aumentar los terrenos propios para el cultivo de las plantas intertropicales, de utilizar en las explotaciones agrícolas á indígenas que no amenazan, como los chinos, suscitar una concurrencia temible á los trabajadores europeos, y de colocar bajo la dominación británica los archipiélagos que, ocupados por otras potencias navales, podrían ser un peligro para la Australasia. La primera de las anexiones llevadas á cabo fué la de las islas Fidji, que están á diez días de navegación de Sidney: se efectuó en mil ochocientos setenta y cuatro, bajo el ministerio Disraëli. El Archipiélago, cuya principal producción es la caña de azúcar, fué declarado colonia de la Corona, administrándola un gobernador, auxiliado por un consejo ejecutivo y otro legislativo, de nombramiento real. En las islas Fidji hay próximamente ciento cinco mil indígenas y

mestizos, diez mil indios y más de tres mil europeos, plantadores de caña, traficantes y misioneros.

Las demás anexiones é intervenciones realizadas en la parte del mundo á que nos referimos, han sido debidas á las circunstancias, cada vez más apremiantes, de los australasianos. En mil ochocientos setenta y cinco, fué á Londres una diputación, para rogar á Disraëli que incorporase á la Gran Bretaña la Nueva Guinea, en donde los colonos de Queensland tenían plantaciones. Al mismo tiempo, una sociedad colonizadora inglesa preparaba una expedición á aquellas tierras; pero la sociedad anti-esclavista suplicó al ministro que no apoyase esta empresa, porque los blancos maltrataban á los habitantes de Nueva-Guinea, obligándoles á trabajar. Disraëli se contuvo, y nada hizo. El gobierno de Queensland aguardó algunos años, hasta que, en vista de la abstención de la metrópoli, se decidió á obrar por su cuenta, tomando posesión de la isla, á donde envió un delegado con tal objeto, en mil ochocientos ochenta y tres. El gabinete liberal, que á la sazón regía los destinos de Inglaterra, desaprobó su conducta; pero el parlamento de Nueva-Gales declaró haber visto con sentimiento que el gobierno imperial no secundara la acción de Queensland, y el de Victoria, no contento con asociarse á esta manifestación, dirigió un mensaje á la reina de Inglaterra, pidiéndole que se anexionase á las Nuevas-Hébridas y las islas Salomón, alegando que Francia iba á ocuparlas para deportar allí sus presidiarios. En fin, en la primera conferencia federal, celebrada para proveer á la defensa de Australia, se dijo que, en lo sucesivo, ninguna potencia extranjera debía establecerse en el Pacífico, al Oeste de aquel continente. El gobierno imperial dió una semi-satisfacción á los australianos, anexionándose la parte Sur-este de Nueva-Guinea. Esta posesión se colocó bajo la autoridad de un lugarteniente-gobernador, conviniéndose que los gastos que ocasionara se costeasen por Queensland, Nueva-Gales y Victoria. Los Estados australianos han adoptado algunas precauciones, para impedir que se abuse de los trabajadores indígenas.

Por causa de los australianos, no pudo aumentar Francia sus colonias con las Nuevas-Hébridas. En mil ochocientos ochenta y seis, el gobierno imperial parecía inclinado á no contrariar los planes de la República. Las colonias, empero, enviaron á Londres una diputación que, á creer á Carlos Dilke, habló á lord Salisbury con singular franqueza. Los delegados consiguieron hacerse oír de la metrópoli, y las Nuevas-Hébridas fueron declaradas neutrales, bajo la inspección mixta de Inglaterra y Francia. Poco después se reconocía la independencia de los archipiélagos de Samoa y Tonga, situados en el camino de Nueva-Zelandia, garantizándolos los Estados-Unidos, Inglaterra y Alemania.

Tres colonias tiene Inglaterra en el África austral: el Cabo, el Natal y la Zambesia ó Bodhesia. El Cabo cuenta con un millón de habitantes, de ellos blancos la tercera parte, muchos de los cuales descienden de los antiguos colonos holandeses; tiene parlamento y

gobierno responsables y su gobernador es al mismo tiempo «supremo comisario» del Reino Unido en el Africa austral. En el Natal hay cuatrocientos cincuenta y cinco mil cafres, cuarenta y un mil indios y solamente cuarenta y seis mil blancos; estos han rehusado el regimen parlamentario, pidiendo continuar bajo la dependencia directa de la metrópoli, por temor á los naturales. La Zambezia ó Bodhesia comprende un conjunto de territorios extensísimos, desiertos ó poblados de negros, cuya administración ejerce, con carácter de monopolio, una compañía colonizadora. La historia entera del Africa meridional se resume en las palabras *cuestión boer*, *cuestión indígena*. La cuestión boer nos es ya conocida; tócanos hablar ahora de la indígena.

Los zulúes son las tribus cafres establecidas entre el Transvaal y la costa Este. A principios del siglo, sus guerreros, armados de escudos y azagayas, formaron un solo ejército bajo Dingaán, continuando unidos bajo Panda: su táctica consistía en acometer al enemigo en falanges cerradas, temibles por su masa y por el ímpetu y rapidez de sus movimientos. Hallábanse en continua lucha con los boers del Transvaal, por causa de su ocupación de territorios y el robo de caballerías, y acababan de saquear la frontera septentrional de Natal. El gabinete conservador inglés decidió destruir su ejército. Sir Bartle Frere, capitán enérgico, formado en el servicio de la India, fué á Natal y mandó delimitar la frontera de una manera precisa. En seguida, dirigió una intimación á Cettiwayo, hijo de Panda, para que admitiese á los misioneros que había expulsado del país, aceptara un enviado británico, con el carácter de residente, y le entregara á los autores del asesinato de unos europeos, perpetrado en mil ochocientos setenta y ocho. Como Cettiwayo no contestáse, una columna inglesa penetró en el territorio zulú, sin encontrar resistencia; pero un día, mientras el jefe de la expedición verificaba un reconocimiento, catorce mil zulúes sorprendieron un destacamento de setecientos blancos y seiscientos negros, que perecieron casi en su totalidad, atravesados por las lanzas de los cafres. El ejército inglés retrocedió, se reorganizó en Natal y, formando una masa compacta, avanzó sobre Ulundi, que es la capital de Zululandia, y á sus puertas destrozó á los zulúes, el cuatro de Julio de mil ochocientos setenta y nueve. Cettiwayo cayó en poder de sus enemigos, y fué deportado a Inglaterra. Declaróse la Zululandia territorio británico, y recibió la misma organización que la Cafrería. En mil ochocientos ochenta y tres, Gladstone quiso devolver su autoridad á Cettiwayo, bajo el protectorado de la Gran Bretaña; pero muchos zulúes, incluso el propio hermano de Cettiwayo, se negaron á someterse á su antiguo jefe, le movieron cruda guerra y le obligaron á buscar amparo entre los ingleses. Aprovechándose de estos trastornos, los boers habian fundado, á expensas de Zululandia, la pequeña república de Vrijheid, que no tardó en ser agregada al Transvaal. En mil ochocientos ochenta y ocho, las autoridades inglesas se apoderaron de Dissizulu, hijo de Cettiwayo, que había sustituido á su padre, y de otros jefes, depor-

tándolos á Santa Elena, y en mil ochocientos noventa y siete, la Zululandia británica era incorporada á la colonia del Natal.

Al Norte del país de los zulúes, habitan otras tribus cafres en los territorios de Tongalandia, ó Amatongolandia, y de Suazilandia: á esta última, situada en la costa, al pie de los montes Drakemberg, y formada de una serie de valles, llevan los boers á pastar sus ganados durante parte del año. La Tongalandia, declarada inglesa en mil ochocientos ochenta y siete, se agregó á Natal, al mismo tiempo que la Zululandia. La Suazilandia, cuya independencia había sido reconocida por la convención anglo-transvaaliana de mil ochocientos ochenta y cuatro, cinco años más tarde, al morir el más importante de sus jefes, fué puesta bajo el protectorado común de los boers y de los ingleses, y con posterioridad, de mil ochocientos noventa y cuatro á mil ochocientos noventa y cinco, bajo el de los primeros exclusivamente. Incorporada al Cabo, en mil ochocientos ochenta y cuatro, la Pondolandia ó antigua Cafrería independiente, que separaba aquella colonia de Natal, toda la costa oriental, hasta Mozambique, y casi todo el antiguo territorio de las distintas tribus, quedaron sometidos á la administración directa de Inglaterra.

Entre las llanuras de Pondolandia y el Estado de Orange, se extienden los países montañosos de los gricuas del Este y de los basutos. El territorio de estos últimos fué agregado al Cabo en mil ochocientos setenta y uno: sus habitantes se sublevaron en mil ochocientos ochenta, ayudados de los gricuas; pero los voluntarios los vencieron. La Gricualandia oriental se colocó bajo la dependencia del Cabo. La Basutolandia, de que esta colonia, no queriendo pagar los gastos de ocupación, se había hecho cargo á pesar suyo, fué erigida en mil ochocientos ochenta y cuatro en colonia aparte: su administración apenas difiere de la establecida en los países zulúes. Las posesiones británicas se interpusieron, pues, entre el mar y los dos Estados boers, el Orange y el Transvaal.

También hacia el Oeste han conseguido los ingleses impedir la expansión de los boers. Vivían á este lado, al Norte del Cabo, los bechuanas, tribus poco numerosas, de carácter pacífico y dedicadas al pastoreo. En el tratado de mil ochocientos ochenta y cuatro entre boers é ingleses, se convino que el territorio de los bechuanas, cuya soberanía se disputaban los dos pueblos desde mil ochocientos cincuenta y dos, se dividiera entre ambos; pues Inglaterra quería á todo trance tener franco el camino del Africa central; y como unos y otros aspiraban á posesionarse del principal poblado, que era Mafeking, los voluntarios ingleses y la policía montada lo ocuparon, decidiendo la cuestión en favor de su patria. Con todo el territorio situado al Sur del Molopo, formóse, en mil ochocientos ochenta y cinco, la *Bechuanalandia británica*, primero colonia de la Corona, y diez años después, dependencia del Cabo. En aquel mismo año, se había proclamado de una manera general la soberanía de Inglaterra hasta el Zambezé: á esto se llamó el *protectorado de Bechuanalandia*, que hoy se ha reducido á la región más desierta (Kalahari). Los in-